

El estudio de la cultura material como huella del contacto entre pueblos: Discusión teórica sobre conceptos clave y un acercamiento al Chile colonial.

The study of material culture as a trace of the contact between cultures. A discussion on key concepts and an approach to colonial Chile.

Gonçalo de Carvalho-Amaro
Centro del Patrimonio Cultural.
Pontificia Universidad Católica de Chile
gdecarvalho@uc.cl

Resumen

En los últimos tiempos la Arqueología se ha acercado a los estudios históricos en América, términos como Arqueología del Contacto y Arqueología Postcolonial se han vuelto frecuentes en el ámbito de los estudios de los períodos coloniales. En este texto debatiremos sobre el rol de la Arqueología en el estudio de este periodo, fundamentalmente tras su aplicación metodológica al análisis de la cultura material. Nos detendremos en el caso chileno, pero nos centraremos fundamentalmente en el debate de conceptos y en la importancia de los trabajos multidisciplinarios entre Historia y Arqueología; discutiendo sus posibles aplicaciones en los estudios de las relaciones entre pueblos originarios y europeos teniendo a la cultura material como punto de partida.

Palabras clave: *Cultura material, Arqueología, Postcolonialismo, historia, intercambio cultural*

Abstract

In recent times archaeology has made an approach to historical studies in America, terms like contact archaeology and postcolonial archaeology have become common in the scope of studies dedicated to colonial period. In this paper we will discuss the role of archeology in the study of this period, mainly through is methodology apply to the study of material culture. We will stop at the Chilean case, but we will focus primarily in the debate of concepts and in the importance of multidisciplinary studies between history and archaeology in the development of this these issues; discussing is potential applications in the studies of the relationship between indigenous peoples and europeans using the material culture as a starting point.

Key words: *Material culture, Archaeology, Postcolonialism, history, cultural exchanges*

«Queremos que la artesanía nos abra los ojos para ver lo que hay que ver, nos abra los oídos para oír la voz de nuestro ser profundo, nos abra el olfato, para percibir los aromas y esencia de nuestra tierra, de nuestro cielo, de nuestra gente. Nos abra el paladar para degustar la vitalidad de los sabores de nuestra tierra y de nuestro mar. Queremos que nos abra el tacto para apreciar la finura del alma de nuestra gente en sus tallados, en sus tejidos en las modulaciones de madera, de la piedra, de las pieles, de la greda, de las fibras de los metales, de los minerales, de los vegetales» (Sepúlveda 2010: 128).

1. Introducción

En la Reunión-Taller de Cerámicas Coloniales de Tradición Hispana o Europea, realizada el 10 de diciembre de 2012¹, el grupo reunido enfatizó en que la Arqueología Histórica y en particular la Colonial (siglos XVI a XVIII fundamentalmente) en Chile, tiene aún mucho por investigar. Pese a que en los últimos años haya despertado un mayor interés, por parte de los arqueólogos, historiadores e incluso algunos arquitectos, fundamentalmente por el surgimiento de materiales de ese periodo en las excavaciones urbanas, sobre todo en Santiago (la mayor parte fruto de impacto ambiental)². Con todo, no nos podemos olvidar del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia 2006, donde se realizó un importante simposio sobre Arqueología Histórica en Chile, de las Actas del respectivo, existen trabajos muy interesantes, dentro de los cuales se destacan algunos que son una importante documentación de materialidad en el periodo colonial³

santiaguino (Prado *et al.* 2010, Prado 2010, Hermosilla y Becerra 2010 y Prieto *et al.* 2010).

Recientemente se ha dado la posibilidad de realizar trabajos arqueológicos en lugares emblemáticos del centro Santiago –espacio interesante para verificar los primeros vestigios materiales del “contacto” entre pueblos– como en el interior del Museo Chileno de Arte Precolombino y en el interior de la Catedral de Santiago⁴ (proyecto en que he tenido la posibilidad de colaborar). Teniendo en cuenta que actualmente se está dando mayor énfasis a la Arqueología en el período colonial dentro del contexto chileno, pretendemos debatir algunas propuestas teóricas sobre el estudio de la cultura material, enfatizado en la necesidad de una labor interdisciplinaria y las perspectivas de estudio arqueológico, sobre los procesos coloniales, contacto e interacción entre pueblos y las matices postcoloniales, pensando que puede abrir puertas a la investigación sobre determinados procesos en Chile.

¹ En la reunión estuvieron presentes, Claudia Prado, Verónica Reyes, Leonor Adán, Marcela Becerra, Catherine Westfall, Erika Palacios, Cristina Prieto, Gia Lazzari, Glenda Astete y el autor.

² Los trabajos en la extensión de la línea 5 del metro son un buen ejemplo (Sanhueza *et al.* 2004)

³ No nos podemos olvidar de los acercamientos puntuales que se hicieron entre la arqueología y el periodo colonial,

como los trabajos de Fernando Márquez de la Plata (1953), y Andrés Pinto (1976).

⁴ La Manzana de la Catedral la Trama de la Historia Proyecto Fondecyt 1090325, dirigido por Fernando Pérez Oyarzún (PUC).

Es cierto que, como la mayor parte de los trabajos sobre el período colonial se relaciona con rescates urbanos, estos son tendencialmente descriptivos de la materialidad, lo que de alguna forma permite retirar pocas conclusiones sobre evidencias de contacto y mezcla cultural en el período colonial, aspecto que nos interesaría debatir en este texto. No obstante, el trabajo de Rodrigo Mera et al. (2004), más al sur, nos abre buenas perspectivas para la comprensión de la cultura material e interacción social entre pueblos originarios y españoles en el período colonial, debido a la presencia mayoritaria de objetos de fabricación indígena en asentamientos españoles de frontera. Siguiendo una perspectiva de estudio del contacto son también muy interesantes algunos datos que están surgiendo en Valdivia, con los trabajos de Leonor Adán y Simón Urbina, donde hay casos de cerámicas típicamente mapuches con incrustaciones de mayólicas europeas (Fig. 1).

El panorama de estudios coloniales en Chile, bajo una perspectiva arqueológica, está todavía en una fase inicial, factor que nos permite reflexionar – aún sin la incorporación de un número alargado de fuentes y de propuestas fundamentadas⁵ – no solo sobre las características de la materialidad encontrada, pero fundamentalmente sobre sus implicaciones en las relaciones sociales y los procesos coloniales.

Grosso modo, se pretende hacer un análisis teórico, intentando abrir camino para el desarrollo de trabajos interdisciplinarios entre Arqueología e Historia en el ámbito del contacto entre

⁵ En este aspecto tendríamos que mencionar una excepción que sería el trabajo de Tom Dillehay que en su libro *Monuments, Empires And Resistance. The Araucanian Polity and Ritual Narratives*, de 2007, trata de hacer una amplia integración – fruto de sus varios años de trabajo en la región de la Araucanía – de elementos históricos, etnográficos y arqueológicos, utilizados para un estudio de la evolución de los procesos de ritualización de las comunidades mapuches y su rol activo como elemento de resistencia.

pueblos, con una detención particular en el caso de Chile colonial. Procuraremos mostrar, a lo largo de ello, el rol activo de la cultura material, enfatizando principalmente en las ventajas de su estudio para una mayor comprensión del modo de vida de las personas y los contrastes de los períodos coloniales.



Figura 1: *Metawe con incrustaciones de mayólica (cortesía Leonor Adán).*

2. Arqueología, Historia, Postcolonialismo y Arqueología de contacto

Una de las grandes dificultades de los investigadores que estudian los períodos coloniales en América, se relaciona con la separación – en el ámbito de investigaciones y de especialistas – en dos áreas: la colonial y la de los pueblos originarios. Estando la primera centrada principalmente en el estudio de las poblaciones europeas y la segunda en los indígenas (dedicándose generalmente al período

antes de la llegada de los primeros grupos de “colonos” o “conquistadores”). Este fenómeno no sólo se daría en Latinoamérica, si no que sería recurrente en la totalidad del continente Americano (Lightfoot 1995 y Silliman 2005).

Dentro de este contexto, podemos encontrar una tendencia mayoritaria a centralizar la investigación en la perspectiva dominante del colonizador; que conquista, destruye, impone sus reglas, religiones y costumbres (Wylie 1992: 593). Consecuentemente los “colonizados” se entienden bajo la visión de grupos marginados y que aportan muy poco en la construcción de las nuevas sociedades americanas. Es cierto que actualmente esta perspectiva se está cambiando y varios trabajos hablan sobre la importancia de las comunidades marginadas, pueblos originarios, africanos y otras poblaciones en la “construcción” de las identidades americanas (Boccarda 2002; Schávelzon 2003; Moraña, Dussel y Jaurégui, por ejemplo). Sin embargo, existen aún muy pocas publicaciones sobre ese “contacto” en los períodos coloniales, que impliquen una visión sobre la relación entre los dos grupos implicados en el proceso colonial y no la separada de uno o la del otro; en ese sentido, el trabajo de Ulf Hannerz (1987) fue seguramente un punto de inflexión. En consecuencia, nociones como la de mestizaje, hibridización y criollización son ahora más exploradas (Vale de Almeida 2007, Vergès 2007 y Silliman 2009).

Hace ya bastante tiempo que se viene debatiendo y planteando alternativas para la producción historiográfica que, tendencialmente – en varios países, contextos y para la gran parte de los períodos – se centra en la cultura dominante. Esa crítica ha quedado bien patente en la Escuela de los *Annals*, dentro del punto de vista de la investigación histórica (Bourdieu y Martín 1990, Burguière 2006 y Burke 1991); en la corriente postprocesual o interpretativa en el

ámbito de la Arqueología (Hodder 1982, Shanks y Tilley 1994 y Thomas 1996) y en el estructuralismo en lo que respecta a la Antropología (Levi-Strauss 1973). De un modo general, todas estas teorías y metodologías, que de una forma u otra, acaban por nutrirse mutuamente, se centran fundamentalmente en la búsqueda de lo cotidiano, de la vida del día a día, de las personas comunes y de la relación del tiempo con el espacio y geografía.

En ese ámbito quizás los trabajos más importantes han sido los de Fernand Braudel (1949) y el de Christopher Tilley (1994). El primero introduciendo el concepto de *longue durée*, en contraposición a los estudios históricos basados en períodos cortos y herméticos – reinados, guerras, crisis, ciclos – que se realizaban mayoritariamente en su tiempo, atribuyendo prioridad a los estudios históricos de larga duración (evolución de los paisajes y la relación temporal del hombre con el medio). El segundo con el concepto de *phenomenology of the landscape*⁶, sustentando el estudio de la cultura material como percepción del entorno humano en el mundo, considerando igualmente que el comportamiento del hombre difiere no sólo según los períodos históricos, sino que según matrices culturales de cada grupo. Por ejemplo, nuestra forma de comprender el mundo, de carácter occidental, es totalmente distinta de la planteada por los grupos de cazadores recolectores del círculo polar ártico o de los aborígenes australianos. Como nos demuestra Tim Ingold (2004: 40-60), estos grupos se encuentran en un plan de igualdad en relación al

⁶ Fenomenología del paisaje. Interpretación con base en los conceptos de Maurice Merleau-Ponty (1908-1961) de percepción corporal y en los conceptos fundadores de los académicos alemanes Edmund Husserl (1859-1938) y Martin Heidegger (1889-1976), cuya principal característica se centra por el repudio a la separación entre el observador y el observado. Sus proponentes entienden a los seres humanos no como sujetos manipulando objetos en el mundo, pero como individuos viviendo una relación recíproca encuadrada en el mundo.

mundo y a los restantes seres vivos, no tienen la misma concepción que nosotros – que nos consideramos casi una especie elegida – en la cual nos ponemos en un plan de superioridad en relación a la naturaleza, siendo capaces de controlarla y dominarla. Se desprende entonces que, para comprender como los inuit o los aborígenes australianos se relacionan con el entorno, deberíamos cambiar nuestro *chip* civilizacional introducido por la mentalidad positivista de 1800 y que todavía domina a nuestro pensamiento occidental.

El término colonia, como sabemos, es relativamente antiguo y tiene sus orígenes en la similar palabra latina *colonia*. Pese a que hoy en día esta palabra tenga un significado negativo (sobre todo por su relación con lo que ha pasado en los últimos 500 años), su significado para los romanos se relacionaba principalmente con la agricultura, con su origen en el verbo *colere*, cuya traducción es cultivar (*Diccionario esencial Latino-Español/Español-Latino*). Siendo así, una *colonia* representaría fundamentalmente una granja o un asentamiento agrícola, no obstante, el verbo *colere*, también representaba otros conceptos como el de cultura, una vez que Roma atribuía a la creación de una colonia una misión cultural, casi “civilizacional” de los pueblos que consideraban bárbaros y salvajes (González-Ruibal 2010).

Por otro lado, el término “colonial” es relativamente reciente y el postcolonial aún más. El primero surge principalmente como una definición de moda o arte, referente a las ropas y mobiliarios usados en las colonias europeas, particularmente las americanas, ya a finales de la Edad Moderna (Gosden 2008) y el segundo surge con la postguerra y con los movimientos de autodeterminación de los pueblos de África y Asia (Young 2001).

El concepto de dominación de una metrópoli sobre un territorio, ciudad o emporio, es anterior a la *colonia* romana, lo podemos observar en períodos precedentes y con otras “civilizaciones” como la asiria, griega, la cartaginense, y en otras partes del globo como, por ejemplo, en los imperios Maya y Azteca, en América; Ming y Majapahit en Asia; el imperio mandingo, en África, entre otros. Sin embargo, el concepto actual de colonia – distinto al de colonial – tendría su génesis en la expansión europea que ocurre con la conquista portuguesa de Ceuta en el norte de África 1415 y con la colonización lusocastellana de las Islas Canarias a lo largo del mismo siglo (Ver Thomaz 1994) y se materializaría en el apogeo colonial, a escala global, de las potencias atlánticas europeas (España Francia, Inglaterra, Holanda y Portugal) entre los siglos XVII y XIX.

Como ya hemos referido, los estudios sobre colonia, colonialismo, colonización y sus efectos, bajo una perspectiva crítica, tienen poco tiempo. A *grosso modo*, hasta la segunda mitad del siglo XX, los estudios sobre el proceso colonial, tanto el europeo del período moderno, como el de la antigüedad (Grecia y Roma), seguían apenas la visión del colonizador. La tradición de estos trabajos adviene esencialmente de los primeros relatos de navegantes, exploradores y conquistadores, cuya descripción de las “nuevas tierras” siempre parte de la perspectiva del europeo, o sea que depende de su mirada de las personas, costumbres, geografía y cultura material⁷. La “otra visión”, que comúnmente se

⁷ Esos primeros escritos quinientistas, eran bien multifacéticos, para allá de la descripción geográfica e histórica, presentaban aún una especie primeros estudios protoantropológicos e incluso protoarqueológicos, descriptivos de poblaciones, costumbres y cultura material. Uno de los documentos más importantes de ese periodo – probablemente el más completo y antiguo – fue el *Esmeraldo de Situ orbis*, escrito por Duarte Pacheco Pereira, cosmógrafo portugués que vivió entre el siglo XV y XVI. El manuscrito – que a la fecha (1506), representó uno de los mayores secretos del Reino de

denomina postcolonial, surge integrada en las reflexiones del proceso de descolonización y de emancipación de las colonias europeas de África y Asia (Fanon 1965, Said 1978 y Spivak 1988).

La apertura de una nueva visión ha permitido profundizar en los estudios coloniales, definiendo características, tipos y matices, abriendo igualmente camino para comprender y analizar otros tipos de colonialismo fuera del espectro europeo de la antigüedad clásica y de la era moderna, como se puede ver en los trabajos (Finley 1976, Gosden 2008 y Sommer 2011)

El colonialismo pasa así a ser entendido como un fenómeno heterogéneo, que puede implicar el desplazamiento de poblaciones de la metrópoli – siendo estas de gran número o pequeños grupos – tanto civiles, como funcionarios administrativos, fuerzas militares o esclavos. Influyendo bastante, en las características de la colonia y del futuro país, la relación entre población autóctona, el tipo de la población foránea y la presencia cuantitativa de ambas. Las colonias con pocos emigrantes tienen tendencia a ser periféricas y a ser centros administrativos, partes de un imperio, mientras que las que presentan un número considerable, tienen una fuerte tendencia en independizarse de la patria madre. La relación población foránea/autóctona también puede tener otro tipo de consecuencias; cuanto mayor es la primera la segunda tiende a desaparecer culturalmente y muchas veces a extinguirse. Con un menor número de poblaciones extranjeras, se predisponen las condiciones para la creación de elites

Portugal – estaba cifrado, significando *Esmeraldo*, Manuel (rey de Portugal a la fecha) y Duarte (autor), *situ urbis*, de los sitios de la tierra, inspirado en el título de la obra de Pomponius Mela, geógrafo romano (Ver Couto, 1998). En sus líneas podemos encontrar, descripciones de lugares, gentes, animales y plantas de África y de la costa brasileña, todo encuadrado con un registro de las coordenadas de longitud y latitud usadas a la época.

coloniales y la privación de derechos de las poblaciones nativas (Sommer 2011: 185-186). No obstante, el contacto y las relaciones entre personas de “culturas” distintas, puede estar asentada en un acto de experimentación por parte del colonizador y del colonizado. Tenemos por ejemplo un colonialismo basado en una especie de medio cultural compartido, donde el control por parte del dominante es muy tenue –generalmente controla un espacio consentido por los lugareños (emporio, por ejemplo)-caracterizado por la presencia híbrida de las dos culturas. Otro tipo sería el de terreno neutral o tierra compartida, en el cual las dos poblaciones interactuaban con base en alianzas, necesidades y dependencias mutuas, siendo ese contacto e intercambio benéfico para ambos. Por último, podríamos considerar el modelo clásico inscrito en el concepto de tierra de nadie (*terra nullius*), que implica ignorar y despreciar las poblaciones locales, sustrayéndoles sus tierras y aislándolas en pequeños territorios o guetos (Gosden, 2008: 39-56).

Recientemente, sobre todo en el hemisferio norte, han surgido varios trabajos que se centran en el estudio del “contacto” entre pueblos en el ámbito de la interacción colonial; uno de los aspectos más rescatado, en esa investigación, es el estudio de los objetos y su interacción con el espacio pasado. Estos estudios sobre “cultura material”, tienen una estrecha relación con la Arqueología, tanto para períodos prehistóricos, clásicos y modernos (históricos, como fundamentalmente se denomina en Latinoamérica). En esa perspectiva y teniendo en cuenta los alcances teóricos del tema han sido de gran aporte los trabajos de Van Demmolen (2006), Given (2004) y Gosden (2008), bien como los que se insertan en el concepto de *contact archaeology* (Silliman 2005), que se puede traducir como “arqueología del contacto”, que últimamente ha tenido un recrudecimiento de trabajos en los países anglófonos, con estudios

que inciden sobre la interacción entre culturas en periodos coloniales (principalmente siglos XVI al XIX), basándose en el registro arqueológico (Murray 2004 y Rodney 2005).

Uno de los aportes más interesantes de los estudios de arqueología colonial está relacionado con las investigaciones en el Gran Zimbabue, poblado con cerca de mil años, que ha inspirado el nombre del actual país septentrional africano en el cual se ubica. El descubrimiento de este yacimiento arqueológico a finales del siglo XIX y su investigación siempre ha sido “controlada” por las autoridades coloniales, primero las británicas y después las del gobierno segregacionista de Ian Smith. Fue sobre todo con este último que el control fue más evidente, fundamentalmente cuando los trabajos arqueológicos empezaron a plantear un origen africano a la compleja arquitectura del yacimiento (Trigger 2006: 109-202). Para el gobierno de la Rodesia era necesario seguir creyendo en la inferioridad de los pueblos africanos para de alguna forma justificar la presencia civilizadora del hombre blanco, prefiriendo catalogar a lo largo del tiempo al poblado como una construcción, fenicia, judaica, portuguesa o de africanos copiando a portugueses (Fig. 2). En este caso la Arqueología ha tenido un papel fundamental en el cambio de la “Historia oficial”, ha sido capaz de comprobar la antigüedad del poblado y confirmar su vínculo con las culturas africanas. La importancia de este descubrimiento ha sido tan importante que cuando terminó el dominio blanco en Rodesia el país pasa a adquirir el nombre de Zimbabue de las propias ruinas. No obstante, no es fácil acabar con años de Historia y la idea colonial de la inferioridad racial y del retraso civilizacional africano, que sigue sacando sus dividendos, de tal modo que un número considerable de habitantes del Zimbabue – pese a que están libres del dominio británico y del gobierno blanco de Ian Smith – asocia más fácilmente

esas ruinas a su pasado colonial que a su pasado africano (Given 2004: 164).

3. La Historia sin letras: Arqueología y la "Historia" de los objetos

Como se sabe, el término “cultura” asociado a los artefactos y consecuentemente a la Arqueología – banalizado por Gordon Childe⁸ – ha sido uno de los principales puntos de debate de esta ciencia, sobre todo después de la teorización que ésta ha tenido con el procesualismo y las siguientes corrientes postprocesuales. Dentro de ese debate, la expresión “cultura material” fue de las más utilizadas. A grandes rasgos, el término es usado en Arqueología como forma de definir artefactos u otro tipo particular de vestigios dejados por el ser humano en el pasado, encuadrándolos en su contexto espacial y cultural. Es cierto que probablemente los grandes referentes del estudio de la cultura material sean arqueólogos de formación, como serían los casos de Daniel Miller, Christopher Tilley y Bjørnar Olsen, con todo, en el último tiempo, este tema, ha llamado la atención de los historiadores; sobre todo en la medida de cómo estudiar la cultura material antigua a partir de textos o documentos y comparar esa realidad con el artefacto en sí (Auslander 2005).

⁸ Childe siguió las propuestas de Kossinna y de la escuela alemana de comienzos del siglo pasado que intentaba asociar el registro arqueológico, a grupos étnicos específicos, Childe, le sacó esa última componente, pero mantuvo, pero mantuvo la idea de que los artefactos encontrados representan manifestaciones culturales de grupos del pasado, como se puede ver en la siguiente citación:

«We find types of remains – pots, implements, ornaments, burial rites, and house forms – constantly recurring together. Such a complex of associated traits we shall term a ‘cultural group’ or just a ‘culture’. We assume that such a complex is the material expression of what today would be called a ‘people’» (Childe 1929: v-vi).



Figura 2: Poster publicitario del poblado de la Gran Zimbabue, presentado en 1938 por el gobierno de Rodesia, titulado el Enigma de Rodesia. En él podemos ver como un esclavo servil entrega oro a la reina de Sheeba, que aparece en la forma de un espíritu o fantasma. Se destaca igualmente la frase: “centuries have passed”, dando a entender que pasados los siglos los africanos volvieron a tener a quien servir. (Renfrew y Bahn, 2008: 473)

Hace hasta relativamente poco tiempo, para un arqueólogo, la única forma de describir el modo de vida de las poblaciones pasadas era tras los vestigios que ellos nos dejaron. Los fragmentos de cerámica, hueso o piedra representan – en una perspectiva comparativa – el documento para los arqueólogos, tal como, un papiro, pergamino o crónica lo son para los historiadores. Esa idea y la consecuente

preocupación por retirar una mayor información de los artefactos, ha sido la materia prima para la teorización arqueológica y ha sido transversal a todos los teóricos de la Arqueología (Childe, Clarke, Bordes, Binford, Hodder, etc.). De algún modo en los últimos 20 años se ha cuestionado esta propuesta tan documentalista y también – no nos olvidemos – la Arqueología ha cambiado su relación con el pasado (ver Thomas, 2004). Ha dejado su prefijo “arqueo”, para transformarse en una disciplina mediadora entre el presente y el pasado, en la medida en que, como defiende Gavin Lucas (2004: 117), la Arqueología es una actividad materializadora, no sólo porque trabaja con cosas materiales, mas también porque materializa; trae nuevas cosas para el mundo, reconfigurándolo. Esa reconfiguración se hace a través de un proceso de diálogo con el presente inconstituido, esto porque esas nuevas cosas que los arqueólogos traen al mundo no son propiamente nuevas, pues existían en un pasado – estaban olvidadas – y son ahora “nuevamente” reconocidas. Tampoco nos podemos olvidar que los arqueólogos viven en un determinado tiempo y en una determinada sociedad. Y estos factores acaban por verse inexorablemente reflejados en su pensamiento y en su interpretación de la cultura material.

No obstante, la preocupación por los artefactos sigue siendo muy actual, fijémonos, por ejemplo, en el nuevo libro de Olsen et al. (2012), en que se enfatiza en el concepto de que la Arqueología es la disciplina *par excellence* de las cosas, una especie de objetología. Quizás por ese motivo sigue siendo tan actual la búsqueda por comprender mejor los objetos y su relación con el mundo. Oestigaard (2004: 21-55) nos propone que la Arqueología interprete el mundo como un gran artefacto justificando que el estudio de los artefactos tiene un contexto amplio y que integra varios conceptos. William Rajhe, por otro lado, entiende que la

Arqueología no es sólo una ciencia de lo “antiguo” y que su experiencia en el ámbito de la cultura material se debe aplicar al estudio de los objetos, su distribución en el espacio y su relación con los comportamientos humanos, en todas las épocas. El ejemplo más paradigmático es el del *Tucson Garbage Project* (Rathje y Murphy 2001), basado en el estudio de la distribución de los objetos en los basureros actuales de la ciudad de Tucson. No obstante, pese a que haya sido creado por arqueólogos, el *Journal of Material Culture*, que marca la tendencia en este tipo de estudios, se ha “descentralizado” de la Arqueología, como podemos verificar en la propuesta hecha por Miller y Tilley en su primera editorial:

«The study of material culture may be most broadly defined as the investigation of the relationship between people and things irrespective of time and space. The perspective adopted may be global or local, concerned with the past or present, or the mediation between the two» (Miller y Tilley 1996: 5-14).

La lectura de los materiales es cada vez más un concepto que abarca varios puntos de vista y ámbitos. La filosofía, particularmente la postmoderna, asume un papel preponderante en las nuevas concepciones: Foucault, Derrida, Barthes y Bordieu, son ahora citados en la mayor parte de los trabajos, contribuyendo para la diversidad y el enriquecimiento de los estudios sobre la relación hombre/objeto/entorno.

Podemos entonces considerar los estudios de cultura material como una ciencia pluridisciplinaria que incorpora, en sus abordajes, tanto una metodología colectiva como individual, tratando de reconocer el papel que la materialidad representa en la construcción y constitución de los seres humanos y sociedades. La materialidad importa; tanto constriñe como

crea comportamiento humano, no sólo en el pasado como en el presente, y no nos olvidemos de los “varios presentes” (Olsen 2003: 87-104), de modos de vivir distintos del modelo occidental dominante⁹ y que todavía persisten en diversas partes del globo. Esta consciencia es muy importante sobre todo cuando estudiamos los objetos y su relación con el tiempo, debemos de ser capaces de entender la diferencia, como de alguna forma ya nos había planteado Latour, en el sentido de que, la alegoría pasado/bárbaro y moderno/civilizado, no tiene su razón de ser y no debe influir en la perspectivas de la ciencia (Latour 1993).

En ese sentido, y cuando nos proponemos a estudiar los objetos y organización espacial de culturas distintas al modelo occidental, actualmente vigente en la mayoría de los países, debemos ponernos en el lugar de esas personas, intentar ver (o por lo menos comprender) el mundo como ellos lo ven, y tratar de desligarnos de nuestras ideas preconcebidas fruto de nuestra cultura (Ingold 2004). Es cierto que, para tal, es necesaria una labor de campo e integración con esas culturas, ya que se trata de una interpretación que no distingue el pasado del presente, que no compara la civilización con la barbarie, que explora las diferencias y las mutaciones y acompaña las comunidades vivas de una perspectiva etnográfica centrada en la materialidad, pero que también es capaz de encuadrarla en el contexto social y político de la

⁹ Existen varios ejemplos de pueblos que viven aún en una economía de caza y recolección, en África septentrional, Alaska, Sudamérica y Papúa Nueva Guinea otros con base en la agricultura y pastoreo, en África meridional, América Latina, Groenlandia, Escandinavia, Mongolia y varias partes de Asia y Oceanía. Pero fundamentalmente grupo que entienden el mundo de forma distinta a la nuestra, tienen otros símbolos, comprenden el espacio y se relacionan con la cultura material de forma distinta a la nuestra. Ian Hodder ya nos había llamado la atención para este aspecto en su obra *Symbols in Action. Ethnoarchaeological studies of Material Culture* (1982).

“cultura” estudiada (González-Ruibal 2008: 16-27), en palabras de Alfredo González Ruibal:

«(...) supone acercarnos a la diferencia: acceder a la experiencia del Otro. Y esto es deliberadamente ambiguo, pues se trata de experimentar lo diferente, pero también de beneficiarnos de la experiencia que el Otro tiene de su mundo: su saber-hacer, sus conocimientos tecnológicos, su habilidad como ser social y simbólico en una sociedad diferente de la nuestra» (González-Ruibal 2003: 9).

Este es un aspecto, que a nuestro entender, es de suma relevancia, pues en el caso de los estudios sobre el periodo colonial en América, nos deparamos con esta dualidad cultural; dicotomía que aún hoy es evidente en todo el continente, más expresiva en algunos países que otros, que se relaciona con las comunidades de pueblos originarios que todavía viven, según las tradiciones de sus antepasados, u otros según tradiciones transformadas de lo aprendido de sus ancestros y de la cultura occidental que cada vez más los asimila.

Este tipo de estudios son denominados etnoarqueológicos, actualmente tienen también un rol activo en el estudio de la Arqueología Histórica, dejando de ser vistos solamente como un medio que sirve para proporcionar analogías con el pasado prehistórico (Given 2004: 165), centrándose en la investigación de la cultura material en el presente, vinculándola con las dinámicas sociales de las poblaciones en estudio¹⁰.

¹⁰ Recientemente hemos realizado un trabajo de campo en la región de Malleco estudiando todos los procesos de fabricación tradicional de cerámica, desde la extracción a la cocción entre las alfareras mapuches de la zona (De Carvalho-Amaro y García Rosselló 2012)

4. La materialidad del Chile colonial

El acercamiento de Chile a su bicentenario, en el 2010, ha impulsado un aumento de estudios sobre la historia del país, principalmente en la primera década del siglo XXI. Los temas han sido diversos, incidiendo sobre todo en el período republicano, no obstante, el periodo de la conquista y colonial fueron también bien explorados. Dentro de ese cuadro, el tema del contacto entre españoles y pueblos originarios – que hemos estado examinando en este texto – ha estado muy presente. En este espacio no podríamos referir a todos, ni tampoco la mayoría, de los distintos trabajos realizados, destacamos los de Araya (2008), Caviades (2001), Contreras (2005/2006), Goicovich (2006 y 2007), León (2003 y 2006), Montecinos (2012), Retamal (1999), Silva (1992) y Valenzuela (2008, 2009 y 2010), que a nuestro entender han tenido una fuerte contribución para la comprensión de los procesos de aculturación, asimilación y mestizaje entre los grupos humanos que han habitado en el Chile colonial.

Las matices de este intercambio cultural, desde siempre ha despertado el interés de los propios colonos, que han creado una sociedad de castas en América con base en la raza. Las pinturas o cuadros de las castas (Fig. 3) son un buen ejemplo de la necesidad de diferenciar y distinguir por parte de los grupos dominantes españoles que habitaban los territorios americanos en el siglo XVIII. Estos fenómenos también se verificaban en Chile, como nos indica Jaime Valenzuela:

«Esto último se confirma al observar comportamientos similares en individuos que no formaban parte de los segmentos hispanocriollos, no poseían su color de piel y, por lo tanto, no podían compartir automáticamente las pretensiones de hacerse

pasar por alguien superior. Indios, morenos y, sobre todo, mestizos articulan su particular “juego de espej[ism]os” en torno a la comunidad hispana pobre con la que comparten barrios y trabajos, imitando vestimentas, falsificando su categoría étnica, aprendiendo a hablar como los europeos, participando de sus espacios religiosos... Sin ir más lejos, la piel oscura del mestizo podría quizá asimilarse a los pigmentos árabes que circulaban genéticamente por la epidermis del “bajo pueblo” español» (Valenzuela 2008: 514).

La predominancia mestiza es también algo que queda bien evidente en los primeros tiempos de la Colonia, quedando documentada en textos de la época: véase por ejemplo los trabajos de Retamal (1999) y de Osvaldo Silva (1990 y 1992), en ellos queda bien presente la predominancia, en el primer siglo de ocupación española, de poblaciones indígenas y de una gran porcentaje de mestizos: «(...) de los 150 primeros pobladores del valle del Mapocho, 77 tuvieron hijos mestizos y que ellos representaban el 58,7 % de los hijos tenidos» (Retamal 199: 34). El mismo Retamal en un estudio de 1993 sobre las características físicas del chileno en el siglo XVII, con base en las descripciones físicas de los soldados con base en sus enganches militares, deja bien patente esa presencia mestiza.

Podemos entonces afirmar que la sociedad chilena de ese tiempo podría ser bien heterogénea, tanto racialmente como culturalmente, no obstante la tendencia, por lo menos para mejorar su condición de vida, indicaba que los grupos no españoles intentaban parecerse a los españoles, muchas veces falsificando apellidos, modificando antecedentes familiares y disfra-

zando el color de la piel (Undurraga 2010: 345-373. ¿Pero serían esos españoles de la colonia, similares a los españoles de España? Muchas veces los modelos seguidos (españoles) también se transforman por aquellos que los quieren imitar (mestizo mulatos, indios, negros...). En este aspecto la arqueología colonial nos puede dar un importante complemento, que enriquece los ya de sí sólidos trabajos basados en fuentes históricas y los de historia del arte que analizan las pinturas. Como podemos comprobar, por ejemplo, con los trabajos Deagan (1996) que, con base en el registro arqueológico procedente de las excavaciones en los primeros asentamientos coloniales españoles en Florida, ha planteado que existía en el mundo colonial una diferenciación, en lo que dice relación a la cultura material, entre la esfera privada y la pública. La primera, relacionada fundamentalmente con la casa y con el sexo femenino, presenta una mayor presencia de artefactos de carácter indígena, mientras que en la masculina predominan los artefactos de matriz española, trabajos posteriores en Bolivia (Van Bueren 1999) y Haití (Ewan 2000) han comprobado esta dicotomía. La misma autora también nos introduce un concepto interesante. Para allá de referirnos que las etapas iniciales del proceso cultural de mestizaje estarían relacionadas con las actividades femeninas, propone también que esta mezcla cultural del mundo privado se asimiló rápidamente por la sociedad colonial, pasando a ser considerada como criolla, es decir pertenencia de los europeos nacidos o educados en las colonias. Enfatizando en que los hogares de los mestizos y mulatos, en general, replican las tradiciones criollas ya instauradas en el Nuevo Mundo y no propiamente españolas (Deagan 1983: 70).



Figura 3: Cuadro de Castas, anónimo siglo XVIII (imagen adaptada de Jiménez 2009: 5).

Volviendo de nuevo a las pinturas de castas, podemos encontrar en esos cuadros distintas expresiones sociales y de la cultura material, no sólo están representadas las razas y fisionomías, están también presentes las ropas y, en algunos casos, los utensilios diarios de esas personas, vemos también que según la apariencia física existe una tipología en la forma de vestir

¿podrían esas tipologías ser cambiadas, por modificaciones de los orígenes y falsificaciones de antecedentes? ¿Podría ser la materialidad una forma de distinción más fuerte que la propia raza?

En Chile se atribuye poco valor cultural a los objetos del uso común. Hay una tendencia a

considerar casi exclusivamente como patrimonio – a admirar y proteger – las construcciones imponentes, por ejemplo, la catedral de Santiago, el castillo Hidalgo, el palacio Pereira, el Cousiño, los Moai de Isla de Pascua, los Cuel (kwel) mapuche, entre otros. Muchas veces las casas sencillas, los objetos pequeños, de uso diario, son considerados como típicos, característicos, bellos, funcionales, anecdóticos, pero no se les da el real valor que tienen en la sociedad, una vez que se personifican como medios de interacción social (Miller 1987 y Schiffer 1999) y, en esa medida, se afirman como una forma muy importante de patrimonio y caracterizan la identidad de una cultura.

Como se sabe, no existe en la sociedad chilena una gran conexión con el pasado anterior a la llegada de Pedro de Valdivia, siendo el pasado colonial o republicano, mucho más influyente, en el contexto patrimonial, que el aporte de las culturas prehispánicas (Bengoa 2007). No se verifica una asociación tan fuerte como por ejemplo sucede en México o Perú¹¹. En cierta medida esto se comprende, pues esos países tuvieron, antes de la llegada de Colón, la presencia de culturas más consolidadas y también ellas de carácter colonizador y dominante, como los Aztecas, los Incas, los Mayas o los Moches. Estos han dejado una imagen tan fuerte en el paisaje, en las costumbres, religión e incluso objetos de uso diario, que los españoles se vieron obligados a responder de la misma forma, imponiendo una simbología fuerte y dominante en los centros neurálgicos de estas anteriores civilizaciones, como Lima, Cuzco, Ciudad de México u Oaxaca. En contraposición a los templos se construyeron suntuosas igle-

¹¹ Estos fueron curiosamente los dos primeros países latinoamericanos en participar en reuniones internacionales para la preservación de sus monumentos, fue en 1964, en Venecia en las segundas conferencias internacionales de patrimonio que 15 años más tarde darían origen a la Convención del Patrimonio Mundial (Choay 2007: 10).

sias, la liturgia católica se adaptó a las fechas autóctonas¹², se crearon nuevos santos y se impusieron nuevos símbolos de poder que sustituyeron los anteriores poderes azteca e inca.

Es verdad que la capitania de Chile estaba distante de esos “centros culturales prehispánicos”, quizás por eso no fueron necesarias grandes construcciones que enmarcasen el poder español, la ausencia de cantidades importantes de metales preciosos, ayudó aún más a ese descuido por parte de las huestes ibéricas, consintiendo incluso que se permitiera un territorio sin dominio de la corona al sur del Biobío (Villalobos 1995). Si por un lado eso justifica esa ausencia de la grandiosidad monumental de otros centros coloniales, por otro existe una mayor riqueza en los propios matices de ese proceso de colonización (Goicovich 2006 y 2007 y León 2003 y 2008).

Como referimos en el comienzo del texto no existe sólo una forma de colonización sino varias. El proceso colonial en Chile, por sus características, parece ser un ejemplo de esa afirmación. Presentaba un pequeño grupo europeo, con pocas mujeres, una frontera con los mapuches, frontera esa que era bastante permeable y que mantenía, por su situación geográfica un cierto aislamiento en relación a los principales centros de decisión, Lima en particular y Sevilla o Madrid en lo general. Sería entonces interesante verificar en qué medida el colonialismo ha influido en las relaciones y comportamientos humanos en Chile, no sólo entre españoles y mapuches (que en principios serían el grupo autóctono mayoritario en los primeros asenta-

¹² Uno de los ejemplos más interesante de esta “fusión” es el día de los muertos en México, que conjuga con el día de todos los santos, en el caso chileno tenemos también la fiesta de la Tirana en el norte de Chile, que conjuga la celebración de la virgen del Carmen con las tradiciones indígenas.

mientos españoles), pero también con los otros grupos que llegaron, junto a los españoles, del norte del país y del Perú (Valenzuela 2010) – llama la atención el hecho de que en Chile algunas palabras relacionadas con la maternidad son de origen quechua, como guagua y guata¹³ – y otros que llegaron de África (Cussen 2009).

El estudio de la cultura material en una perspectiva postcolonial, como hemos estado exponiendo a lo largo de este texto, permitiría, a nuestro entender, desarrollar aún más los estudios sobre el período de conquista y colonia en Chile, permitiendo igualmente complementar los estudios de la Arqueología dedicados a este período con la Historia. Tendríamos así una posibilidad para dedicarnos más a las imágenes no oficiales, a lo que los grupos dominados no se veían obligados a demostrar en el ámbito público. Este aspecto además es destacado por Silva (1990) y Retamal (1999), que indican que en Chile, por la existencia de una frontera entre “españoles” y mapuches, los mestizos acaban por seleccionar el “espacio” en el cual se querían encuadrar. Mestizos creados por españoles se tornaban mapuches y viceversa; no existiendo propiamente un mundo mestizo pero si uno occidental y otro indígena. Estos factores pueden efectivamente haber contribuyendo a la pérdida de una identidad mestiza, que según Retamal podría persistir en la actualidad en algunos sectores rurales del valle central (Reta-

¹³ Ya hemos visto anteriormente que el mundo femenino “escapa” más fácilmente al dominio material del colonizador. En este caso específico, las palabras podrían estar relacionadas con los grupos indígenas traídos con españoles y que eran los provenientes de la actual región de Perú. Probablemente, estas expresiones relacionadas con la maternidad, se deben al hecho de que a comienzos de la colonia existían pocas mujeres españolas y el término se generalizó de madre a hija/o por el mestizaje o por el cuidado de los niños por nodrizas de esa misma etnia. Posiblemente estos términos se ha vuelto común en la sociedad criolla y de allí se han banalizado en la totalidad de los grupos, mestizos, indígenas de otras etnias y nuevos emigrantes españoles, siguiendo la misma forma planteada por Deagan (1983).

mal 1999: 50). No obstante, creemos que la Arqueología puede tener algo a decir sobre este tema; por ejemplo Jaume García-Rosselló nos habla de una posible pervivencia de los modos y técnicas de fabricación mapuche – pese a que hay cambios en las formas – en los pueblos alfareros, tendencialmente mestizos del valle central de Chile, como Pomaire, Quinchamalí y Pilén (García-Rosselló 2008). Este aspecto es muy importante, sobre todo si consideramos el valle central como la cuna de la identidad chilena (ver Bengoa *et al.* 2012).

Quizás, como se viene refiriendo a lo largo de este texto, el análisis de la cultura material, puede ser la forma más indicada para comprender el rol de los procesos de mestizaje en Chile. Como sabemos, la visión no oficial es muy difícil de obtener solamente por una perspectiva basada en las fuentes históricas; los documentos oficiales, las pinturas y los relatos, describen en su mayoría una impresión personal y momentánea¹⁴, que podría ser muy distinta aquella que se viviría al interior de las casas de estos grupos marginados de la colonia. Por ese motivo encontramos que el estudio de su cultura material, sus objetos del día a día, sus casas y la organización del espacio de las mismas nos puede dar un interesante conocimiento sobre su

¹⁴ Un buen ejemplo de la existencia de este tipo de prejuicios históricos se puede observar en los resultados de las excavaciones urbanas en antiguo “barrio rojo” de Five Points, en Manhattan. Aparentemente en este lugar uno esperaba encontrar malas condiciones, teniendo en cuenta los relatos históricos de la época y de algunos escritores como Dickens, que describían como un espacio desordenado repleto de gente de sucia y de mala fama. Sin embargo, al final, se ha revelado como un local relativamente aplacible. La cultura material y la organización de las casas nos dan a entender que las prostitutas vivirían en mejores condiciones que una que cualquier tipo de empleado doméstico, comían en porcelanas chinas, se alimentaban mejor (se han encontrado restos de carnes y diversos tipos de pescados), tendrían aún mejores condiciones de aseo, pues sus casas tendrían espacios para el baño, algo muy raro en la mayoría de las casas (Yamin, 1997: 51).

modo de vida. Ya vimos anteriormente como estos trabajos pueden acrecentar informaciones interesantes como en caso de los trabajos de Kathleen Deagen, Mary Van Buren, Charles Ewan, sobre las primeras habitaciones españolas en Florida, Bolivia y Haití respectivamente.

5. Consideraciones finales

Intentamos con este trabajo profundizar sobre algunos aspectos del pensamiento y teorías actuales sobre los procesos de colonización, contacto entre pueblos y sus evidencias en la cultura material.

Los objetos del pasado dicen mucho de quiénes somos y de lo que fuimos; se personifican en un amplio abanico de expresiones sociales, que van del más sencillo objeto común al adorno más esplendoroso, de la piedra ruda, integrada en un muro campestre, a la piedra finamente recortada de una construcción inca o de hace un siglo atrás. Representan algo más que cosas que utilizamos en el día a día, todos ellos, incluso los que no ocupamos como adornos o joyas – símbolos de ideologías, religión o estrato social – también representan a una cultura, a una forma de interactuar con el mundo. Uno se identifica con los materiales y la simbología que ellos nos transmiten. Por ejemplo la botella de Coca Cola, los celulares, la televisión son objetos globales, conocido en todo mundo, representan a nuestra cultura contemporánea (uno se identifica con su simbología) y marcan nuestras costumbres cultura actuales del mismo modo que un cuchillo, una jarra de barro o un abrigo de cuero lo hacían en el siglo XVI y XVII. Es por ese motivo que le debemos dar una mayor atención a la cultura material, su estudio permite observar mucho mejor las prácticas comunes de las personas que, generalmente, suelen estar ausentes de los documentos históricos, literarios o artísticos, como ya hemos

referido con anterioridad. Vimos también en el punto 2 de este texto que los procesos de colonización son complejos y presentan distintas matices. La cultura material puede mostrar otros esquemas que otorguen una mayor autonomía a las comunidades locales, de modo que el cambio social puede ser entendido, también, a partir de dinámicas internas (Given 2004 y Gosden 2001). Por ello, el estudio de las dinámicas sociales vinculadas con los objetos y su contexto, pueden ser de gran ayuda para “escuchar” a esas voces silenciadas por la Historia.

Las recientes excavaciones tanto en la Catedral de Santiago, Hotel City y el Museo Chileno de Arte Precolombino, realizadas aún este año, bien como la labor de Leonor Adán en contextos urbanos y periurbanos de Valdivia (Adán y Mera, 2007), indican que la mayor parte del material encontrado no tiene una predominancia europea y ni tampoco en su inspiración formal, predominan elementos de fabricación local, imitaciones mestizadas de piezas europeas y piezas europeas fabricadas en América y consecuentemente con pastas y engobes generalmente distintos. Son varios los documentos históricos que nos indican que en los ambientes urbanos (es cierto que referimos casi exclusivamente a Santiago) – principalmente relacionados con la población blanca – están llenos de presencia indígena (Ver De Ramón, 2000; Contreras, 2005/2006, Valenzuela, 2008, 2009 y 2010; Stehberg y Sotomayor 2012, por ejemplo). Uno de los aspectos que intentamos poner en evidencia con este texto es el de la existencia de matices en los procesos coloniales: la llegada del español no implicó el desaparecimiento del indígena y de sus tradiciones. A comienzos del segundo capítulo hemos destacado dos trabajos: el de Fernand Braudel (1949) y el de Christopher Tilley (1994). La historia larga, y la aceptación de que existen formas distintas, según cada cultura, de comprender los objetos y

el entorno, son fundamentales para entender las dinámicas del contacto entre españoles e grupos indígenas. La historia (la colonial) no es solo de unos, es de unos y de otros. Un arqueólogo dedicado a ese período debe intentar escribirla partiendo de ese paradigma dual. Conciliando, siempre que sea posible, la investigación histórica y la arqueológica.

Las propuestas actuales en cultura material tienen tendencia a ver a los objetos con un papel activo en el comportamiento humano. Debemos ser capaces de entenderlos bajo una perspectiva simétrica, integrados en una relación proporcionada entre seres humanos y objetos, en que ambos se presenten en un plano de igualdad (Lattour 1993 y 2000). Para Gosden, por ejemplo, la colonización es un acto mediante el cual las cosas conforman a las personas y no al contrario. Consecuentemente, hay casos en que la cultura material hace que la gente se desplace tanto cultural como físicamente, llevándola a expandirse geográficamente, a aceptar nuevas formas materiales y a establecer estructuras de poder en torno a un deseo de cultura material (Gosden 2008: 182-185).

En una altura en que los estudios de cultura material parecen estar de moda (Olsen, 2012), debemos también, como arqueólogos, extender nuestra mirada hacia los objetos de este período e intentar, tras ellos, “escribir” la historia del Chile colonial; está última no es sólo un monopolio de la Historia (la disciplina) y tiene todo a ganar con la presencia de la Arqueología – sobre todo si quiere entrar en el cotidiano profundo y en la historia de los elementos marginados – como lo hemos tratado de demostrar con

esta larga discusión teórica y con algunos ejemplos concretos presentados en el punto 4.

A modo de síntesis podemos considerar que es cada vez más inevitable la incorporación de otros elementos en el estudio de los periodos coloniales en América. La narrativa histórica, por más que trate de centrarse en temas indígenas, siempre quedará corta en diversos aspectos, pues se centra en un elemento que no era dominado por estas comunidades: la escritura. Siendo así los datos que recibimos sobre el contacto entre pueblos originarios y europeos siempre será una visión de estos últimos. Las narrativas de los primeros eran hechas de otra forma y aunque algunas descripciones históricas de europeos puedan plasmar aspectos de la vida y comportamiento de los grupos que habitaban en América, lo mismo se puede decir de la historia oral, que algunos colegas intentan rescatar tras la etnohistoria. Sin embargo, siempre existen pormenores que no estarán presentes en esa vía. De ese modo la cultura material se nos presenta como el elemento más cercano a las comunidades indígenas y a los procesos de mestizaje, pues esos objetos se nos presentan tal cual han sido hechos. En sus formas, decoración, materialidad, fallas y contenidos – en estos tres últimos aspectos la arqueometría y sus especialidades tienen un rol fundamental – van quedando las improntas de esas culturas, su quehacer diario, relación con el entorno y estructuras de pensamiento... aspectos que debemos saber explorar en cuantos historiadores, arqueólogos, etnógrafos o antropólogos.

Referencias bibliográficas

- ADÁN, L. y MERA, R. (2007). Variabilidad Interna en el Alfarero Temprano del Centro-Sur de Chile: el complejo Pitrén en el valle central del Cautín y el sector lacustre Andino. *Chungará* 43(1): 3-23.
- ALMEIDA, M. (2007). From Miscegenation to Creole Identity: Portuguese Colonialism, Brazil, Cape Verde. En Charles Stewart (ed.). *Creolization: History, Ethnography, Theory*, pp. 108-132. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- ARAYA, A. (2008). Un imaginario para la mezcla. Mujeres, cuerpo y sociedad colonial. En Sonia Montecino (comp.), *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*, pp.31-40. Santiago: Catalonia/UNESCO/CIEG.
- AUSLANDER, L. (2005). Beyond Words. *American Historical Review* 110, n. 4:1015-1045.
- BENGOA, J. (2007). *La comunidad reclamada. Identidades, utopías y memorias de la sociedad chilena*. Santiago, Catalonia.
- BENGOA, J.; AGUILERA I.; DAVER, Y.; DELGADO, C.; MORA, C.; PLANELLS, D.; SILVA, N.; SOTOMAYOR, J.; VALDIVIA, C. (2012). *Valle Central, Memorias, patrimonio y terremoto en haciendas y pueblos de Chile*. Santiago: Catalonia.
- BRAUDEL, F. (1949). *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen a l'époque de Philippe II*, 3 vols., Paris, Colin.
- BOCCARA, G. (ed.). (2002). *Colonización, resistencia y mestizaje en las americas (siglos XVI a XX)*, Quito, Abya-Yala.
- BOURDÉ, G. y MARTÍN, H. (1990). *As Escolas Históricas*, trad. Ana Rabaça, Mem Martins, Europa-América.
- BURGUIÈRE, A. (2006). *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, Paris, Odile Jacob.
- BURKE, P. (1991). *The French Historical Revolution. The Annales School 1929-89*, Polity Press, Key Contemporary Thinkers, Stanford University Press.
- CAVIEDES, H. (2001). La artesanía chilena en los albores del siglo XX. *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile, N° 21: 77-95.
- CHILDE, G. (1929). *The Danube in Prehistory*, Oxford, Oxford University Press.
- CHOAY, F. (2007). *Alegoría del Patrimonio*, trad. María Bertand. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- CONTRERAS, H. (2005-2006). Siendo mocetón o *güeñi* salió de su tierra a vivir entre los españoles. Migración y asentamiento mapuche en Chile central durante el siglo XVIII, 1700-1750. *Historia Indígena* n° 9: 7-32.
- COUTO, J. (1998). *A construção do Brasil*, Lisboa, Cosmos.
- CUSSEN, C. (2009). La Ardua Tarea de Ser Libre. Manumisión e integración de los negros en Santiago de Chile, 1565-1792. *Huellas de África en América: Perspectivas para Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

- DE CARVALHO-AMARO, G. y GARCÍA-ROSSELLÓ, J. (2012). Cadena operativa y tecnología cerámica. Una visión etnoarqueológica de las alfareras mapuches de Lumaco. *Boletín de la Sociedad chilena de Arqueología* 41-42: 53-78.
- DE RAMÓN, A. (2000). *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- DEAGEN, K. (1983). *Spanish St. Augustine: The Archaeology of a Colonial Creole Community*. New York: Academic Press.
- DEAGEN, K. (1996). Colonial transformation: Euro-American cultural genesis in the early Spanish-American colonies. *Journal of Anthropological Research* 52(2).
- DILLEHAY, T. (2007). *Monuments, Empires, and Resistance: The Araucanian Polity and Ritual Narratives*. Cambridge & New York: Cambridge University Press.
- EWAN, C. (2000). From Colonist to Creole: Archaeological Patterns of Spanish Colonization in the New World. *Historical Archaeology*, 34(3): 36-45.
- FANON, F. (1965). *A Dying Colonialism*, trad. Haakon Chavalier, New York: Grove Press.
- FINLEY, M. (1976). Colonies: An Attempt at a Typology. *Transactions of the Royal Historical Society*, 5 serie, n 26: 167-188.
- GARCÍA-ROSSELLÓ, J. (2008). Etnoarqueología de la Producción cerámica. Identidad y territorio en los valles centrales de Chile. *Mayuqa*, 32 (número monográfico).
- GIVEN, M. (2004). *The archaeology of the colonized*. London and New York: Routledge.
- GOICOVICH, F. (2006). La permeable frontera de la sociedad finicolonial, Santiago 1804. *Revista de la Escuela de Historia* 5: 1-14.
- GOICOVICH, F. (2007). Entre la conquista y la consolidación fronteriza: dispositivos de poder hispánico en los bosques meridionales del reino de Chile durante la etapa de transición (1598-1683). *Historia*, 40 (2): 311-332.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2003). *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2008). De la Etnoarqueología a la arqueología del Presente. En *Mundos tribales. Una visión Etnoarqueológica*, Juan Salazar, Inés Domingo; José Azkárraga; Helena Bonet (Coords). pp. 16-27. Valencia: Museo de Prehistoria de Valencia.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2010). Colonialism and European archaeology. En Jane Lydon and Uzma Rizvi (eds.): *Handbook of Postcolonial Archaeology*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- GOSDEN, C. (2008). *Arqueología y Colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*, trad. Julia de Jodar, Barcelona: Bellatera.
- HANNERZ, U. (1987). The World in Creolisation, *Africa*, n° 57: 546-559.
- HERMOSILLA, N. y BECERRA, M. (2010). Basura de (tras de) la Moneda. En Andrés Troncoso (coord.) *Actas del Congreso Nacional de Arqueología, Valdivia 2006*. pp. 989-998. Valdivia: Kultrún.

- HODDER, I. (1982). *Symbols in action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INGOLD, T. (2004). *The Perception of the Environment: essays in livelihood, dwelling and skill*. 4th edition. London and New York: Routledge.
- JIMÉNEZ, N. (2009). Pinturas de Casta: Mexican Caste Paintings, a Foucauldian Reading. *New Readings*, 10: 4-14.
- LATOUR, B. (1993). *We have never been modern*, trad. Catherine Porter. Cambridge, Mass, Harvard University Press.
- LEÓN, L. (2003). *Araucanía: la frontera mestiza, siglo XIX*. Santiago: Universidad Cardenal Silva Henríquez
- LEÓN, L. (2008). El difícil dilema de sobrevivir entre dos patrias: el bajo pueblo chileno entre Chacabuco y Maipú, 1817. *Cuadernos de Historia*, N° 29: 33-66.
- LEVI-STRAUSS, C. (1973). *Anthropologie structurale* deux, Paris, Plon.
- LIGHTFOOT, K. (1995). Culture contact studies. Redefining the relationship between prehistoric and historical archaeology. *American Antiquity*. 60 (2): 199-217.
- LUCAS, G. (2004). Modern Disturbances: On the Ambiguities of Archaeology. *Modernism/modernity*, vol 11, n° 1: 109-120.
- MÁRQUEZ DE LA PLATA, F. (1953). *Arqueología del Antiguo Reino de Chile*. Santiago: Academia Chilena de la Historia.
- MERA, R.; LUCERO, V.; VÁSQUEZ, L., HARCHA, L. y REYES, V. (2004). Sitios históricos tempranos de carácter defensivo. Sector oriental de la villa rica (1550-1602). *Chungará* 36: 175-186.
- MILLER, D. (1987). *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford, Blackwell.
- MILLER, D. y TILLEY, C. (1996). Editorial. *Journal of Material Culture*. Vol. 1, N°. 1: 5-14.
- MONTECINOS, S. (2012). Símbolos, culturas, cocinas. En Daniela Marsal (comp.), *Hecho en Chile. Reflexiones en torno al patrimonio cultural*, pp. 217-230. Santiago: Andros.
- MORAÑA, M.; DUSSEL E. y JAURÉGUI C. (eds.). (2008). *Coloniality at Large. Latin America and the postcolonial debate*. Durham and London: Duke University Press.
- MURRAY, T. (2004). *The Archaeology of Contact in Settler Societies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- OLSEN, B. (2003). Material Culture after Text: Re-Membering Things. *Norwegian Archaeological Review*, 36, n. 2: 87-104.
- OLSEN, B. (2012). O regresso das coisas e a selvajaria do objecto arqueológico. In Godofredo Pereira (Ed.) *Objectos Selvagens*. pp. 71-83. Lisboa: Imprensa Nacional da Casa da Moeda.
- OLSEN, B.; SHANKS, M.; WEBMOOR, T. y WITMORE, C. (2012). *Archaeology: The discipline of Things*. Berkeley: University of California Press.

- OESTIGAARD, T. (2004). The World as an Artifact: Material Culture Studies and Archaeology, en *Material Culture and Other Things*, Fredrik Fahlander y Terje Oestigaard (eds), Vällingby, Elanders Gotab: 21-55.
- PINTO, A. (1976). *Arqueología Colonial en la Cuenca de Santiago un "sitio" de encomienda tardía* (tesis de grado U. de Chile). Santiago.
- PRADO, C. (2010). Análisis morfo-funcional de estructuras para el aprovisionamiento y manejo del agua, en uso en la ciudad de Santiago durante la época colonial y republicana. En Andrés Troncoso (coord.) *Actas del Congreso Nacional de Arqueología, Valdivia 2006*. pp. 999-1010. Valdivia: Kultrún.
- PRADO, C. SANHUESA, J., REYES, V. Y HENRÍQUEZ, M. (2010). Precisiones en relación a un tipo cerámico característico de contextos urbanos coloniales de la zona central de Chile. En Andrés Troncoso (coord.) *Actas del Congreso Nacional de Arqueología, Valdivia 2006*. pp. 1011-1024. Valdivia: Kultrún.
- PRIETO, C., BAEZA, J., RIVERA, F. y RIVAS, P. (2010). Estudios cerámicos en la catedral metropolitana, aportes a la arqueología histórica de Santiago de Chile. En Andrés Troncoso (coord.) *Actas del Congreso Nacional de Arqueología, Valdivia 2006*. pp. 1025-1036. Valdivia: Kultrún.
- RATHJE, W. y MURPHY, C. (2001). *Rubbish! The archaeology of garbage*. Tucson: Arizona University Press.
- RENFREW, C. y BAHN, P. (2008). *Archaeology: Theories, Methods and Practice*, 5th edición, London, Thames and Hudson.
- RETAMAL, J. (1993). Características Físicas del Chileno del Siglo XVII. *Revista Historia* 27: 449-504.
- RETAMAL, J. (1999). Mestizaje y Cambio Social: Acerca de la Inserción del mestizo en el Chile Colonial. *Revista de Humanidades y Historia*, 5: 31-50.
- RODNEY, H. (2005). Contact Archaeology and Native Title. *Australian Aboriginal Studies*, nº1:16-29.
- SANHUEZA, J.; REYES, V.; PRADO, C. y HENRÍQUEZ, M. (2004). Evaluación Teórico-Methodológica del Trabajo de Arqueología Histórica en la Extensión de la Línea 5 del Metro de Santiago. *Chungará* 36: 109-116.
- SAID, E. (1978). *Orientalism*, New York: Pantheon Books.
- SEPÚLVEDA, F. (2010). *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- SCHÁVELZON, D. (2003). *Buenos Aires la Negra. Arqueología histórica de una ciudad silenciosa*, Buenos Aires: Emecé.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. (1992). *Re-constructing archaeology: theory and practice*. 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCHIFFER, M. (1999). *The Material Life of Human Beings. Artifacts, Behavior and Communication*. London and New York: Routledge.
- SILLIMAN, S. (2005). Culture Contact or Colonialism? Challenges in the Archaeology of Native North America", *American Antiquity* nº 70 (1): 55-74.

- SILLIMAN, S. (2009). Change and Continuity, Practice and Memory: Native American persistence in colonial New England. *American Antiquity*, nº 74 (2): 211-230.
- SILVA, O. (1990). Aproximaciones al estudio del mestizaje en Chile durante los siglos XVI y XVII. En Sonia Pinto (Ed.). *Familia, Matrimonio y Mestizaje en el Chile Colonial*. pp. 13-34. Santiago: Ed. Universidad de Chile.
- SILVA, O. (1992). El mestizaje en el “Reyno de Chile”. En 500 Años de Mestizaje en los Andes. Hiroyasu Tomoeda y Luis Millones (Eds), pp. 114-132. Osaka: Osaka National Museum of Ethnology.
- SOMMER, M. (2011). Colonies – colonization – colonialism: a typological reappraisal. *AWE*, n 10: 183-193.
- SPIVAK, G. (1988). Can the Subaltern Speak? En Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the interpretation of culture*. pp. 24-28. London: MacMillan.
- STHEBERG R. y SOTOMAYOR, G. (2012). Mapocho Incaico. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 61: 85-149
- THOMAZ, L. (1994). *De Ceuta a Timor*, Lisboa: Difel.
- TILLEY, C. 1994. *A Phenomenology of the Landscape: places, paths and monument.*, Oxford: Berg.
- THOMAS, J. (1996). *Time, Culture and Identity: An Interpretative Archaeology*. London y New York: Routledge.
- THOMAS, J. (2004). *Archaeology and Modernity*. London and New York: Routledge.
- TRIGGER, B. (2006). *A History of archaeological Thought*, 2nd edition. Cambridge: Cambridge University Press.
- UNDURRAGA, V. (2010). Españoles oscuros y mulatos blancos: identidades múltiples y disfraces del color en el ocaso de la Colonia chilena. 1778-1820. En Rafael Gaune y Martín Lara (coord.), *Historias de racismo y discriminación en Chile*. pp.345-373. Santiago: Uqbar.
- VALENZUELA, J. (2007). La cordillera de los Andes como espacio de circulaciones y mestizajes: un expediente sobre Chile central y Cuyo a fines del siglo XVIII. *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*, 7 [en línea en <http://nuevomundo.revues.org/7102>]
- VALENZUELA, J. (2008). Distorsiones de nuestra identidad: sobre espej[ism]os culturales, acumulación protésica y olvidos etnocéntricos. In Luis Carlos Parentini (comp.), *Historiadores chilenos frente al bicentenario*. pp. 515-519. Santiago: Comisión Bicentenario, Presidencia de la República.
- VALENZUELA, J. (2010). Indígenas Andinos en Chile Colonial: Inmigración, Inserción Espacial, Integración Económica y Movilidad Social (Santiago, Siglos XVI-XVII). *Revista de Indias*, vol. LXX, 250: 749-778.
- VAN BUEREN, M. (1999). Tarapaya: An Elite Spanish Residence near Colonial Potosí in Comparative Perspective. *Historical Archaeology*, 33(2): 101-115.
- VAN DEMMOLEN, P. (2006). Colonial Matters: material culture and postcolonial theory in colonial situations” En C. Tilley, W. Keane, S. Kuechler, M. Rowlands y P. Spyer (eds.). *Handbook of material culture*. pp. 104-124. London: Sage.

- VERGÈS, F. (2007). Indian-Oceanic Creolizations: Processes and Practices of Creolization on Réunion Island. En Charles Stewart (ed.). *Creolization: History, Ethnography, Theory*, pp. 133-152. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- VILLALOBOS, S. (1995). *La vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago, Andrés Bello.
- WYLIE, A. (1992). Rethinking the Quincentennial Consequences for Past and Present. *American Antiquity*, N° 57: 589-6001.
- YAMIN, R. (1997). Lurid tales and homely stories of New York's Notorious Five Points. *Historical Archaeology*, 32 (1): 74-85.
- YOUNG, L. (2001). *Postcolonialism: An Historical Introduction*. Oxford. Blackwell.